

El sujeto hoy: ¿blanco de la pulsión de muerte o de la muerte de la pulsión?¹

CARMEN VILLOORO*

Se me invita a reflexionar sobre el sujeto hoy y a preguntarme si éste es blanco de la pulsión de muerte o si es blanco de la muerte de la pulsión. El título pone en el centro de la mesa, como platillo principal, al sujeto de nuestro tiempo, pero también expone a nuestro degustar los conceptos efervescentes de *sujeto*, *pulsión* y *pulsión de muerte*. Describo a mi manera a ese sujeto de hoy, pensándolo como individuo actuante a pesar o más allá de la razón (del trabajo de mi autoría "Mitos, poesía o delirio"):

Soy una habitante del siglo XXI. El desarrollo de la medicina me permite tener una expectativa de vida a largo plazo. Soy una persona (hombre, mujer, niño, anciana) contemporánea que cuenta con múltiples aplicaciones en su teléfono móvil: juegos, libros, escaparates, dietas, diagnósticos del volumen de grasa corporal, del clima y las finanzas. Vivo en una urbe que representa el triunfo civilizatorio de los siglos XIX y XX, la imposición de la industria y la tecnología sobre la incómoda naturaleza. Me desplazo a ritmo acelerado en vehículos eficientes que me permiten ignorar a mis conciudadanos. Viajo en aviones confortables, trabajo en edificios inteligentes, duermo en colchones ortopédicos, fumo cigarrillos electrónicos. Soy moderna, librepensadora, diversa, sofisticada, competente. He aplicado el lenguaje de la economía neoliberal a mi vida privada, así que tengo insumos, recursos, desarrollo estrategias, elaboro productos, capitalizo experiencias, me ahorro problemas. Soy esa mujer medianamente informada (freudiana, marxista, feminista y darwiniana), ese hombre culto, ese niño que creció con juguetes educativos, esa abuela que viste a la moda.

Lo tengo todo, pero vivo la vida con un sentimiento de extrañeza. Un hueco doloroso me acompaña y llega a convertirse, en ocasiones, en un terrible sinsentido. Busco acallarlo con es-

*Carmen Villoro
Psicoanalista Titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara (APG).

carmenvilloro@yahoo.
com.mx

¹ Trabajo leído en el 58 Simposium/48 Congreso de APA "Tiempo de incertidumbres", noviembre de 2020.



tupefacientes de liberación prolongada, me alimento desordenadamente, transito entre las multitudes sin hacer contacto visual con esos otros que, como yo, caminan atropelladamente. Compró lo que no necesito, hago de los supermercados capillas y de los grandes almacenes, templos. Venero marcas, etiqueto costumbres, desprecio creencias. Me cargo de violencia y la descargo de múltiples maneras: insulto, violo, denigro y atropello. Consumo cada vez más drogas, me aíso en las cuatro paredes de mi cuarto propio, ese que me costó tanto trabajo conquistar, y me consuelo con la ilusión breve de las redes sociales. Me falta poesía (Villoro, C., 2019).

Freud nunca mencionó la palabra “sujeto”. La noción de “sujeto” fue acuñada por Lacan y se ha convertido en un concepto de uso común en psicoanálisis. Ya con el término en uso, podemos hacer una lectura *a posteriori* de los postulados de Freud y entender que el sujeto no dicho del fundador del psicoanálisis es el inconsciente. La noción freudiana de ser humano se diferencia del *cogito* cartesiano para dar primacía al inconsciente. ¿Qué quiere decir “dar primacía al inconsciente”? Tal vez nos hemos familiarizado tanto con el término que hemos terminado olvidándolo. No perdamos la dimensión. La propuesta freudiana modificó por siempre y para siempre la concepción del ser humano e incidió en todas las disciplinas humanas y sociales, constituyéndose en un cambio de paradigma en el siglo XX tan importante como el descubrimiento de Copérnico de que los planetas giran alrededor del

Sol, en el Renacimiento. Sabemos que buena parte de nuestras acciones y de nuestros procesos internos, incluso los más silenciosos como el diseño de nuestras enfermedades, escapan al dominio de nuestra conciencia, pero parece que lo hemos olvidado o no le damos la importancia que esto tiene, y, de pronto, en medio de un día cualquiera, nos sorprende la infelicidad y nos invade el sinsentido. Y es que nos hemos vuelto prácticos y resolutivos de problemas, eficaces y exitosos, y hemos perdido contacto con esa parte ambigua y polisémica, atemporal y primitiva que nos habita. No escuchamos la música del cuerpo, el ritmo de los sueños, el juego metonímico que se esconde en todo lo que decimos. El contenido latente, del que habló el padre del psicoanálisis en su modelo del sueño, ha dejado de llamarnos la atención. Pero recordemos que Freud no descubrió el inconsciente sólo para que pudiéramos reprimirlo mejor, sino también para que podamos usarlo en nuestro beneficio, en la conquista del bienestar y la salud. La frase “*Wo Es war, soll Ich werden*” ha sido traducida al español como: “Donde estaba el Ello, ahí deberá estar el Yo”. Lacan va a anotar que en esa frase de Freud, promulgada en alemán, hay la advertencia de una verdad desconocida por el Yo, que es comparable con el advenimiento del sujeto, ese sujeto distinto a la concepción del *cogito* cartesiano. García-Roza (citado por Adriane de Freitas) propone otra traducción, quizá más cercana, de la frase de Freud: “Así donde se estaba, allí como sujeto debo permanecer” (De Freitas, A., 2012). La traducción hace la gran diferencia, ya que invita a integrar al in-



consciente a nuestra concepción de ser humano y no a pelearse con él. Yo quiero proponer una versión distinta que se desprende de esta frase: "Ahí donde está el Ello, ahí deberá estar la poesía".

Por otro lado, tenemos el concepto de *pulsión*, nombre con que denota Freud a esa energía que proviene del cuerpo y se convierte en experiencia psíquica: "(...) concepto situado en la frontera entre lo mental y lo somático, como el representante psíquico de los estímulos que se originan dentro del organismo y llegan a la mente" (Freud, S., 1915). La pulsión opera como fuerza constante proveniente del interior del organismo que, por su acción, se convierte en cuerpo erógeno que trasciende su anatomía. Podemos pensar que el concepto de *pulsión* sustenta la idea del sujeto freudiano. Muy cuestionada por algunas corrientes actuales del psicoanálisis, sigue siendo un concepto útil si lo entendemos como metáfora de la fuerza creadora y multiplicadora que nos anima.

Creación y multiplicación. Para la propuesta que traigo, conviene enfocar el concepto de *pulsión* desde los mecanismos de ligadura/desligadura que Freud otorga a la pulsión, e incorporar la aportación teórica de André Green de la función objetalizante-desobjetalizante al servicio de la construcción o destrucción subjetivas.

Quiero proponer que el sujeto de hoy es blanco de la muerte de la imaginación (cuyo mejor fruto es la fantasía). Conocedor de la existencia de su propio inconsciente, de su ser sujeto, lo ha olvidado, y este olvido le puede costar la vida psíquica. En la novela *La historia in-*

terminable, de Michael Ende, la Emperatriz Infantil está enferma. La Nada avanza sobre el país de Fantasía arrasándolo todo; la aniquilación se extiende llevándose consigo las imágenes. Transcribo un párrafo del capítulo VIII:

Más de una vez, en aquel largo vuelo, habían visto debajo, en el paisaje, aquellos lugares en que la Nada se extendía y que no se podían mirar sin tener la sensación de haberse quedado ciego. Muchos de esos lugares, vistos desde tanta altura, parecían aún relativamente pequeños, pero había ya otros que eran tan grandes como países enteros y se extendían hasta el lejano horizonte. El espanto se había apoderado del dragón de la suerte y de su jinete, y se habían desviado, volando en otra dirección, para no tener que contemplar aquel horror. Sin embargo, una cosa rara es que el horror pierde su espanto cuando se repite mucho. Y, como los lugares de aniquilación no disminuían sino que eran cada vez más numerosos, Fújur y Atreyu se habían acostumbrado poco a poco a ellos... o, más bien, les había entrado una especie de indiferencia. Apenas les prestaban ya atención (Ende, M., 2015).

En su muy conocido ensayo "Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante", André Green lanza la hipótesis de que

(...) la perspectiva esencial de las pulsiones de vida es asegurar una función objetalizante (...) la función objetalizante no se limita a las transformaciones del objeto, pero puede hacer advenir al rango de objeto lo que no



posee ninguna de las cualidades, de las propiedades y de los atributos del objeto, a condición de que una sola característica se mantenga en el trabajo psíquico realizado: el *investimiento significativo* (...). Este proceso de objetalización no se confina a transformaciones que recaigan sobre formaciones tan organizadas como el yo, sino que puede concernir a modos de actividad psíquica, de manera que, en el límite, *el investimiento mismo sea objetalizado*.

Del lado opuesto, la perspectiva de la pulsión de muerte es cumplir en todo lo que sea posible una *función desobjetalizante* por la desligazón. Esta cualificación permite comprender que no es solamente la relación con el objeto la que se ve atacada, sino también todas las sustituciones de éste; el yo, por ejemplo, y *el hecho mismo del investimiento en tanto que ha sufrido el proceso de objetalización*. (...) la manifestación propia de la destructividad de la pulsión de muerte es el desinvestimiento (Green, A., 1989).

La Emperatriz Infantil está enferma, sufre sentimientos de futilidad, angustias catastróficas de aniquilación, falta de vitalidad, sensaciones abismales. Lo impensable se ha apoderado de su mente cavando huecos de Nada. Su psiquismo pierde representaciones y se interna en la psicosis blanca, la muerte psíquica. El sujeto de hoy se encuentra en el dilema de dejarse vencer por el desinvestimiento promovido por la cultura de la comodidad, de lo inmediato, de la practicidad, de lo externo, o rescatar la función objetalizante y su cualidad de investimiento significativo. El horror, cuando se repite,

produce indiferencia, he ahí el problema de estos tiempos aciagos. Como Fújur y Atreyu, somos frecuentemente vencidos por la apatía, la anestesia, el desgano.

Proponemos como antídoto la vía del sueño diurno de Freud, de la *phantasy* de Klein, del *rêverie* de Bion, del juego de Winnicott. La asociación libre no es otra cosa que la imaginación en compañía. Invitar al paciente a imaginar es construir psiquismo, tejer representaciones, hacer que el acto creativo se multiplique en una red infinita. Porque soy escritora, he estudiado la gramática de la imaginación y encuentro que lo que el psicoanálisis promueve se parece mucho a lo que hace un tallerista literario.

“La loca de la casa”. Así llamó Santa Teresa a esta curiosa facultad aliada de Eros. Es difícil describir la imaginación; en general creemos que son imágenes visuales que “vemos” en la mente. Esa es sólo una manera de imaginar. Asociar libremente no es siempre una construcción interna visual; puedo imaginar, por ejemplo, que la señora de la tienda es viuda, o el sonido grave de un cello, o que ibas a llegar a mi fiesta de cumpleaños. La nota distintiva de la imaginación es que no la gobiernas. Una imagen convoca otra imagen que convoca la siguiente. Se sirve de la metonimia para ir tejiendo su red de representaciones. Crea y multiplica, construye. La imaginación es el territorio de lo posible, de lo conjetural, se sirve de un catálogo de regularidades para anticipar, pero fácilmente brinca a la inventiva, es decir, a lo anómalo e irregular, a lo diferente. La imaginación y su mejor producto, la fantasía, requieren de la libido de Eros, pero al mismo tiempo



lo recargan, le inyectan vida. Al psicoanalista y al escritor les corresponde ponerle palabra. Es mucho lo que el psicoanálisis ha apostado, sin saberlo, al territorio de la inventiva. La función objetalizante tiene que ver con esto. Como a la imaginación, no la podemos gobernar; desafortunadamente sí la podemos reprimir, inhibir, coartar y destruir. La Emperatriz Infantil está enferma, sólo el sujeto imaginativo la puede curar a través de la palabra nueva, la palabra poética.

Termino con una declaración de principios:

Creo en la palabra poética como lenguaje de transformación, como materia viva capaz de generar el cambio, como enzima (del lenguaje) que modifica su estructura y accede a nuevos significados.

Creo que la palabra poética llega a registros emocionales anteriores al lenguaje y restaura sus tejidos.

Creo en la palabra poética como instrumento de visibilidad, herramienta de trabajo y bálsamo de curación.

Creo en la palabra poética como la única capaz de tocar la piel de nuestras pesadillas para apaciguarlas y de hablarle al oído a nuestros sueños para preservarlos.

Bibliografía

De Freitas Barroso, Adriane (2012). "Sobre la concepción de Sujeto en Freud y Lacan". En *Alternativas en Psicología*, vol. 16, núm. 27. México.

Ende, Michael (2015). *La historia interminable*. Editorial Alfaguara: México.

Freud, Sigmund (1915). "Los instintos y sus vicisitudes". En *Obras completas*, Editorial Biblioteca Nueva: Madrid, España, 1973.

Villoro, Carmen (2019). "Mitos, poesía y delirio". En *Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, núm. 13. Guadalajara, México.